

Primera visita

Estoy en una casa cerca del mar, recuperándome de mi separación. Aquí hago lo que quiero, no veo prácticamente a nadie, salgo a caminar por los cerros y cuando regreso me entretengo en el jardín. Leo, duermo, duermo mucho, nueve horas al día por lo menos. Dormir es una de las cosas que me gusta hacer en la vida: despierto tranquila, libre de ansiedad. Solo consigo hacerlo a mis anchas cuando estoy aquí, en esta casa sumida en la apacible niebla matutina o disimulada entre los cerros altos y boscosos cuando sale el sol. Atrás quedó la ciudad y sus días llenos de compromisos: recorrer las obras de un jardín por la mañana, terminar unos planos en la oficina, sufrir los agravios de un trámite municipal de duración incierta. Sin embargo, a pesar de haberme aislado, no consigo estar sola. Mi hermana viene de visita. Quiere saber la causa de mi separación. Hemos

hablado por teléfono tres o cuatro veces desde que dejé a Ezequiel y me vine a Rungue a pasar el verano. Al parecer no ha sido suficiente.

-Me mentiste -fue su acusación de ayer, cuando llamó.

-¿De qué estás hablando?

-Tienes un amante, Amelia, por eso te separaste.

Si se enterara de la verdad, la imagen que guarda de mí se desintegraría. No tiene la amplitud de ideas suficiente ni la calma necesaria, ni siquiera la intención ni la resistencia emocional para escuchar la historia tal y como fue. Pero es como una niña arrebatada por la curiosidad. Cuántas explicaciones harían falta para que comprendiera por qué las cosas llegaron al punto a que llegaron; descender en círculos hasta el lago congelado donde se sumergieron el afecto y la buena voluntad, mientras un aliento frío les cierra el paso de regreso a la superficie.

Desde que éramos niñas, a pesar de ser yo la menor, Josefina me hizo parte de su intimidad y fue tan ingenua como para pensar que yo le correspondía en la misma medida. Tal vez pensaba que la ausencia aparente de problemas en mi matrimonio era el reflejo de un amor consolidado. Porque si algo nos distinguía a Ezequiel y a mí como pareja era que no discutíamos y dábamos la impresión de llevarnos bien: dos sonrisas, una evidente complicidad, los verdores de una vida en común. Se ha sentido defraudada, y no porque el matrimonio de vitrina haya dejado de serlo, sino por constatar que ignoraba lo que ocurría entre nosotros. Josefina no es una persona de pocas luces ni tampoco frívola, pero sí un poco trivial y egocéntrica. Va por la vida sin darse mayor cuenta de lo que sucede a su alrededor hasta que le afecta de un modo personal. No sé qué tan personal pueda considerar mi separación. Quizás la mueve una idea retrógrada de la familia, una idea de fronteras. Seguramente no sabrá dónde situar a Ezequiel y, aun cuando conserva un espacio para mí en su pequeña patria, le gustaría dar con el sitio exacto en que me encuentro. Hemos quedado fuera de lugar y no cejará hasta establecer nuevas coordenadas que le permitan fijarnos al mapa de sus relaciones, puntos inalterables, sin posibilidades de distraerla.

-Josefina, escúchame bien, estoy saliendo con Roque García.

-No hablo de García, ese es un invento tuyo. Estoy hablando de Bernardo Otero. Se separó por ti, no me lo puedes negar...

-¿Y quién lo dice?

-Alguien muy cercano. Es imposible que esté mintiendo.

-¿Cercano a quién?

-A nosotras... Fue Trinidad, nuestra cuñada, nada menos. No va a inventar historias porque sí. Y a ella se lo contó la hermana de Ezequiel, tu marido.

En este punto perdí la calma. Más que el admonitorio "tu marido", la idea de que en mi familia y la de Ezequiel hablaran a mis espaldas me hizo caer de golpe en el gallinero del que había intentado huir.

-Mira, Josefina, te lo voy a decir una sola vez...

-Por qué te enojas, si no soy yo...

-¡Escúchame! Tienes dos alternativas: me crees a mí o crees lo que dicen los demás. Te puedo presentar a Roque, si quieres, podemos hablar de él, si te interesa, pero si insistes...

-¿Por qué la hermana de Ezequiel iba a inventar una historia como esa?

-... entonces no tendríamos nada de que hablar -continué, ignorando su protesta-. Tú hablarías de una vida y yo de otra.

-Es gente que te quiere.

-Extraña forma de quererme.

-No pienses mal de mí -se excusó, abandonando el tono acusatorio y refugiándose en uno más bien penitente-, solo quiero que me cuentes la verdad. No puede ser que yo no sepa por qué te separaste.

-De lo que pasó, puedo contarte lo que considere que debes saber. Pero no me pidas que te cuente todo ni tampoco que confirme lo que te han dicho.

Me rogó que nos viéramos para hablar con tranquilidad. Se quedará una noche: dos días de paz perdidos. No bastó el aislamiento. Vienen a pedirme explicaciones aquí. Y digo "vienen" porque no es solo ella quien exige una explicación, sino mi familia, la de Ezequiel, nuestros amigos cercanos... Un "círculo" que fue importante para mí y que ahora me resuena hueco, torpe como adultos jugando a la ronda. En todo caso, la visita de Josefina puede serme de ayuda. Si regresa a Santiago con una historia para divulgar, me ahorrará una conversación con mi hermano mayor, su mujer y quienes se sientan con derecho a oír los motivos y las circunstancias de primera fuente.

Pobres ilusos.

Me gobia pensar en cómo hubieran reaccionado mis padres. Ella se habría inmiscuido sin miramientos para exigirme que volviese con Ezequiel. De no obedecerla, se habría declarado como la principal afectada, deambulando por su casa como una orate o encerrándose en su cuarto a

llorar hasta que alguien le anunciara el fin del desarreglo. Mi padre, en cambio, un dermatólogo de pocas palabras e indiferente a los problemas sentimentales de los demás, seguramente se habría preocupado de que yo estuviera bien desde un punto de vista médico, sin involucrarse en nada que lo pudiera comprometer. Pero los dos están muertos desde el 8 de marzo del 2001, hace ya casi siete años. Lo que en este sentido es un consuelo. El minibús que los llevaba desde Kingston a Ocho Ríos en Jamaica se desbarrancó en medio de una tormenta.

En apariencia, mi familia era como cualquier otra. Pero mi madre tenía dos caras: mostraba la mejor ante el público y vertía su egoísmo puertas adentro. Y pese a usar el mismo uniforme de invulnerabilidad y desenvoltura que el resto de los médicos, mi padre era un hombre al que su ciencia no ungió con ningún poder más allá de su consulta y la salita contigua donde llevaba a cabo los “procedimientos”. Salvo en esa oficina, en el más desangelado de los edificios de la calle Guardia Vieja, no encontraba certezas ni aspiraciones. Así dispuesto el juego de sus caracteres, no tenían escapatoria a su infelicidad. Las ansias de mi madre se apagaban en la abulia de mi padre, y la estabilidad que él brindaba perdía todo su valor frente a un ser insaciable.

Me he preparado para recibir a Josefina. Fui a comprar a Maitencillo, un balneario populoso situado cinco kilómetros al norte de aquí. Llegué temprano a la caleta de pescadores, antes del asalto de los veraneantes, menos interesados en las compras que en la vida social, su pasatiempo favorito; por la misma razón nunca voy más tarde de las diez a la feria de los lunes en Puchuncaví. Al regreso bajé al jardín a cortar flores para un arreglo, y me aseguré de que la casa estuviera impecable. En la cama donde dormiré Josefina puse las sábanas rociadas con agua de cedrón y en el baño un ramito de fragantes clarines. El resto del tiempo lo ocupé en cocinar. Presentarme a sus ojos como una mujer que impone su orden y gusto al ambiente en que vive es una manera de afirmar que tengo control sobre mi existencia, que soy una mujer en sus plenos poderes, a quien ni siquiera la separación podrá cambiarle su vida tal como la entiende y la acostumbra a llevar.

Esta casa la construimos con la herencia que recibí de mis padres. La hice a mi gusto, con el beneplácito de Ezequiel, y sin encomendarle el proyecto a mi suegro, lo que me costó más de una discusión y un desplante. Contratamos a un arquitecto joven con quien yo había trabajado. Él estuvo de acuerdo en que el volumen debía estar en armonía

con el cerro, formar parte de él. Por eso la casa se une a la pendiente y se despliega hacia abajo, hasta la quebrada que pasa a su izquierda. La espesa ceja de árboles nativos que la puebla fue la razón para comprar este sitio y no otro. El corredor de propiedades se sorprendió de venderlo. A otros compradores no les interesaba porque tenía demasiada pendiente y “poco espacio útil”. Espacio hay de sobra en cinco mil metros cuadrados. Querrían, supongo, un gran rectángulo de pasto, perfectamente horizontal, para que sus hijos pudieran correr sin peligro, y realizar la fantasía de orden y bienestar de una familia bien avenida. La casa mira hacia los cerros del norte siempre verdes y está compuesta por tres cubos de madera, unidos por una escalera interior que baja a sus espaldas. En el cubo más alto se halla el living-comedor-cocina, desde donde se ve el mar hacia la izquierda, mucho más allá de la quebrada; en el piso intermedio hay dos habitaciones para las visitas, además de un baño y una pequeña sala de estar; y en el de más abajo, mi dormitorio con un cuarto de baño luminoso. Desde mi cama, a través de un gran ventanal, es posible apreciar el bosque de molles, peumos, boldos y lilenes. Y también unos corontillos enormes. El lugar era un jardín cuando lo vi por primera vez y no fueron tantos los trabajos que tuve que hacer para completarlo. Junto al cubo principal, hacia la derecha, aplané unos cincuenta metros cuadrados e hice una piscina de cemento sin pintar, como un pozo de dos metros por dos, y planté pasto alrededor, una bermuda enana de poco riego. En la pendiente abrí senderos que se internan en la quebrada y la cruzan por medio de puentes de madera, de apariencia liviana, impregnados –al igual que la casa– de un aceite negruzco, conocido como carbolineo. El resto fue hacer podas de formación y tender el riego para los arbustos que ya crecían en el lugar, asociándolos con otros que traje desde un vivero especializado en plantas nativas y especies afines. Si lo pienso bien, no ha sido poco trabajo. Hace cuatro años que se terminó de construir la casa y no ha habido temporada en que no tuviéramos algo nuevo que hacer. Un pequeño muro de piedra, otro sendero, una plantación bajo los árboles de la quebrada. El último invierno pusimos triques, una planta de sombra de hojas lanceoladas, que florece en una vara de flores color malva y pistilos azafranados, típica de las quebradas profundas de la zona. Este año quiero levantar una pérgola. Si no contara con la ayuda de César, el jardín se me habría escapado de las manos. Lo conocí como picapedrero, cuando vino a construir los muros. No sabía nada de jardines, pero al cabo de un año de trabajar para mí tenía mejor ojo que yo para identificar una peste y mejor

mano para hacer un trasplante.

La responsable de mi afición a las plantas fue mi abuela materna, la nonna Rosetta Magri, una mujer sin interés por las cosas mundanas, al punto de que siempre atendía a las interpelaciones de mi madre con expresión ausente, cualquiera fuese el tema o la circunstancia. Vivió sus últimos años con nosotros. Cada vez que se presentaba la oportunidad, me tomaba de la mano y salíamos a recorrer el jardín. Era una mujer alta, robusta, con el pelo blanco y escarmenado. Cuando me negaba a acompañarla, mi madre intervenía en su favor, de modo que ninguna de las dos pudiera distraerla de la tarea que en ese momento concentraba sus esfuerzos. Nuestra casa estaba ubicada en uno de los frentes hacia donde crecía Santiago, en Piedra Roja, una calle del barrio Los Dominicos, y una gran variedad de pájaros visitaba el jardín: zorzales, tordos y loicas, entre los que más me gustaban. A las casas de mis compañeras de colegio, confinadas por la trama de la ciudad, no llegaban más que gorriones y uno que otro zorzal. La nonna me hacía repetir los nombres de todo lo que sus ojos aún podían ver y me instruía acerca de las plantas y sus necesidades. Con el permiso de mi madre se había apropiado de un sector sombrío y en él, bajo un par de viejos quillayes, había puesto azaleas. La enorgullecían especialmente una molli de color naranja y otra de la misma clase, por su profusión de pequeñas flores amarillas. Los miércoles, cuando venía el jardinero, se pasaba el día afuera para comentar y guiar las labores. En mi cuarto, de regreso del colegio, alcanzaba a escuchar un murmullo intermediado por largos silencios y me preguntaba qué placer podía encontrar en esa rutina. Solo después de su muerte se avivó mi interés por la naturaleza, y llegué a comprender a mi abuela. Me hice cargo del jardín de azaleas a los dieciséis años, me lancé a recorrer los cerros agrestes que aún era posible alcanzar cruzando la calle, y con ese único estímulo una parte fundamental de mi vida quedó determinada.

El mayor anhelo que tuve a lo largo de la separación fue venir a pasar el verano aquí, a Rungue, frente a estos cerros que se levantan tras el caserío que le da nombre al lugar. Transcurrieron unos seis meses desde que nos planteamos seriamente la posibilidad de terminar hasta el último día que pasamos juntos. Veía acercarse el final y, de una forma más o menos deliberada, rechacé proyectos y aceleré los que estaban en marcha para tener libre desde mediados de diciembre hasta principios de marzo. Sin que lo hayamos discutido, es probable que Ezequiel se quede con el departamento de Santiago. El edificio está en malas condiciones, sobre una

calle céntrica, con la fachada negra de hollín a causa de los émbolos de tráfico que pasan a sus pies sin cesar. Pero tiene habitaciones amplias, techos altos, y da a esa especie de jardín vertical que se alza ante los ojos: el arbolado flanco del cerro Santa Lucía. Tal como aquí la quebrada, esa vista fue la razón para la compra, además del precio, irrisorio si se tomaba en cuenta la amplitud de los espacios. Nos mudamos en octubre de 1998, cuando nuestros problemas aún no se hacían críticos, y nos sentíamos orgullosos de convertirnos en codeudores de un crédito hipotecario, una especie de segundo matrimonio. No tener un lugar en la ciudad será un problema, pero no le guardo ningún apego al departamento. La peor época –el final– la pasamos ahí, ignorándonos, temiéndonos, compadeciéndonos.